



Verdades FUNDAMENTALES



- *Misterio* -
PALABRA DE LIBERTAD
www.palabradelibertad.blogspot.com

J. C. RYLE

Verdades FUNDAMENTALES

J.C. RYLE



Verdades Fundamentales por J.C. Ryle

Título original: Foundation Truths - 1887

Copyright © 2020 Ministerio Palabra de Libertad

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la versión Biblia Textual IV Edición © 2017 por la Sociedad Bíblica Iberoamericana. Utilizado con permiso.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo del traductor, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas

Traducido por: Ministerio Palabra de Libertad

www.palabralibertad.blogspot.com

Primera Edición

El contenido de estas páginas fue originalmente entregado como un sermón ante la Universidad de Oxford, en mi turno como predicador selecto en St. Mary's en el año 1880.

Tabla de Contenido

Prólogo a la versión en español.....	2
Introducción.....	3
1. Las Verdades Principales que Pablo entregó a los Corintios.....	3
2. Razones de la posición prominente de estas Verdades	8
Palabras de Consejo	15
Acerca del Autor	17
Edición Kindle y Papel	

Prólogo a la versión en español

La sana doctrina no es propiedad exclusiva de los escritores más antiguos. Sin embargo, algo que no podemos negar, es el hecho de que muchos de sus escritos, continúan siendo relevantes en el presente, porque permitieron que el Espíritu Santo los iluminara y enseñara a través de toda la Escritura.

Cuan necesario es constantemente recordar que el Evangelio es “poder de Dios para salvación a todo el que cree” (Ro. 1:16). Que su capacidad no depende de lo atractivo o sabio que el hombre lo pueda hacer parecer. Sino que su poder está en la sencillez de su mensaje y las verdades fundamentales que lo componen.

Le animamos a que lea esta corta pero sustanciosa obra, de tal forma que pueda creer y proclamar este mensaje con valor y convicción. Que el Espíritu Santo le traiga pleno conocimiento y seguridad de que este mundo lo único que necesita es a Jesucristo.

Ministerio Palabra de Libertad

Traductor

“Porque primeramente os entregué lo que también recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que fue resucitado al tercer día, conforme a las Escrituras”

1 Corintios 15:3-4

Introducción

El texto que encabeza este documento está tomado de un pasaje de las Escrituras que la mayoría de los Ingleses conocen muy bien. El punto de partida de todo el argumento se encuentra en los dos versos que forman el texto. El Apóstol comienza recordando a los Corintios que “entre las primeras cosas” que les entregó, cuando comenzó su enseñanza, había dos grandes hechos sobre Cristo: uno era Su muerte, el otro Su resurrección. El pasaje me parece que abre dos temas de profundo interés, y sobre ellos invito la atención de todos aquellos en cuyas manos pueda llegar este documento:

1. Por un lado, marquemos bien las *Verdades Principales* que el apóstol Pablo entregó a los Corintios.
2. Por otra parte, intentemos comprender las razones por las que el apóstol Pablo asigna a estas *Verdades* una posición tan singularmente prominente.

1. Las Verdades Principales que Pablo entregó a los Corintios

¿Cuáles fueron entonces las cosas que el Apóstol predicó “en primer lugar”, es decir, entre las primeras cosas, en Corinto?

Antes de responder a esa pregunta, pido a mis lectores que se detengan un momento y se den cuenta de toda la posición que ocupaba el apóstol Pablo cuando dejó Atenas y entró en Corinto.

Aquí está un judío solitario visitando una gran ciudad pagana por primera vez, a fin de predicar una religión completamente nueva, para comenzar una agresiva misión evangelística. Es miembro de un pueblo despreciado, del que tanto los Griegos como los Romanos se burlaban, aislado y excluido de otras naciones, en su propio pequeño rincón de la tierra, por sus peculiares leyes y hábitos, y desconocido para los Gentiles ya sea por la literatura, las armas, las artes o la ciencia. La “*presencia corporal*” de este audaz judío es “*débil*”, y su “*palabra*”, comparada con la de los retóricos griegos, “*despreciable*” (2 Corintios 10:10). Está casi solo en una ciudad, famosa en todo el mundo, incluso en la estimación de los paganos, por el lujo, la inmoralidad y la idolatría. ¡Tal era el lugar, y tal era el hombre! Una posición más notable es difícil de concebir.

¿Y qué les dijo este judío solitario a los Corintios? ¿Qué les dijo sobre el gran Jefe y Fundador de la nueva fe que quería que recibieran en lugar de su antigua religión? ¿Comenzó diciéndoles con cautela cómo Cristo vivió, y enseñó, y obró milagros, y habló “*como ningún hombre jamás habló*”? ¿Les dijo que había sido rico como Salomón, victorioso como Josué, o que había sido instruido como Moisés? ¡Nada de eso! El primer hecho que proclamó sobre Cristo fue que murió, y murió la muerte más vergonzosa —la muerte de un malhechor, la muerte de la cruz.

¿Y por qué Pablo puso tanto énfasis en la muerte de Cristo en lugar de Su vida? Porque, le dice a los Corintios, “*Él murió por nuestros pecados*”. Una verdad profunda y maravillosa que, ¡una verdad que estaba en el mismo fundamento de toda la religión que el Apóstol vino a predicar! Porque esa muerte de Cristo no fue la muerte involuntaria de un mártir, o un mero ejemplo de autosacrificio. Fue la muerte voluntaria del Sustituto Divino de los hijos culpables de Adán, por la cual Él hizo expiación

por *“el pecado del mundo”*. Fue una muerte de tan poderosa influencia en la posición del hombre pecador ante Dios, que proporcionó una completa redención de las consecuencias de la caída. En una palabra, Pablo dijo a los Corintios que cuando Cristo murió, murió como representante del hombre culpable, para hacer la expiación por nosotros mediante el sacrificio de Él mismo, y para soportar el castigo que merecíamos. *“Él mismo subió nuestros pecados al madero en su propio cuerpo”, “padeció una vez por los pecados, El Justo por los injustos, para llevaros a Dios”, “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en Él”* (1 Pedro 2:24, 3:18; 2 Corintios 5:21). ¡Un gran y estupendo misterio, sin duda! Pero era un misterio al que todo sacrificio desde los tiempos de Abel había señalado continuamente durante 4000 años. Cristo murió *“conforme a las Escrituras”*.

El otro gran hecho sobre Cristo que Pablo puso en la primera parte de su enseñanza fue Su resurrección de entre los muertos. Le dijo audazmente a los Corintios que el mismo Jesús que murió y fue sepultado, salió vivo de la tumba al tercer día después de Su muerte, y fue visto, tocado, atendido y al que se le habló en el cuerpo por muchos testigos competentes. Por este asombroso milagro Él demostró, como había dicho frecuentemente que haría, que Él era el Salvador prometido y largamente esperado predicho en la profecía, que el pago por el pecado que había hecho con Su muerte fue aceptado por Dios Padre, que la obra de nuestra redención fue completada, y que la muerte, así como el pecado, era un enemigo conquistado.

En resumen, el Apóstol enseñó que el mayor de los milagros había sido realizado, y que con semejante Fundador de la nueva fe que vino a proclamar, primero muriendo por nuestros pecados, y luego resucitando para nuestra justificación, nada era imposible, y nada faltaba para la salvación del alma del hombre.

Tales fueron las dos grandes verdades a las que Pablo asignó el primer lugar, cuando comenzó su campaña como maestro cristiano en

Corinto, —la muerte vicaria de Cristo por nuestros pecados, —la resurrección de Cristo de la tumba. Nada parece haberlas precedido: nada que se haya puesto a su nivel. Sin duda fue una dura prueba de fe y coraje para un hombre culto y altamente educado como Pablo el tomar semejante línea. La carne y la sangre podrían muy bien retroceder ante ella. Él mismo dice, *“llegué a vosotros con debilidad, y con temor y con mucho temblor”* (1 Corintios 2:2, 3). Pero por la gracia de Dios él no se acobardó. Dice: *“no me propuse saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado”*.

El caso de Corinto tampoco fue el único. Dondequiera que el gran Apóstol de los Gentiles iba, predicaba la misma doctrina, y la ponía al frente de su predicación. Se dirigió a oyentes muy diferentes, y a personas de mentes muy distintas. Pero siempre usó la misma medicina espiritual, ya sea en Jerusalén, o en Antioquía de Pisidia, o en Iconio, o en Listra, o en Filipos, o en Tesalónica, o en Berea, o en Atenas, o en Éfeso, o en Roma. Esa medicina era la historia de la cruz y la resurrección. Aparecen en todos sus sermones y epístolas. Nunca vas lejos sin encontrarte con ellas. Incluso Festo, el gobernador romano, cuando le cuenta a Agripa el caso de Pablo, lo describe como algo basado en *“un tal Jesús, ya difunto, el cual Pablo afirmaba que está vivo”* (Hechos 25:19).

(a) Ahora aprendamos, por un lado, cuáles fueron los principios rectores de esa religión, que hace dieciocho siglos surgió de Palestina y puso el mundo al revés. El verdadero incrédulo no puede negar el efecto que produjo en la humanidad. El mundo antes y el mundo después de la introducción del Cristianismo, eran mundos tan diferentes como la luz y la oscuridad, la noche y el día. Fue el Cristianismo el que hizo morir de hambre a la idolatría, y vació los templos paganos. Fue el Cristianismo el que detuvo los combates de gladiadores, elevó la posición de las mujeres, aumentó el tono de la moralidad y mejoró la condición de los niños y los pobres. Estos son hechos con los que podemos desafiar con seguridad a todos los enemigos en contra de la religión revelada. Son hechos que constituyen

una de las más serias dificultades de la incredulidad.

¿Y qué fue lo que hizo todo esto? No, como algunos se atreven a decir, la mera publicación de un código de deber superior, una especie de filosofía platónica mejorada, sin raíz ni motivo. ¡No! Fue la sencilla historia de la cruz del Calvario, y el sepulcro vacío del jardín. Fue la maravillosa muerte de Aquel “*contado con los transgresores*”, y el asombroso milagro de Su resurrección (Isaías 53:12). Fue al anunciar cómo el Hijo de Dios murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación, que los Apóstoles y los hombres apostólicos cambiaron la faz del mundo, reunieron iglesias poderosas, y se convirtieron a innumerables pecadores en santos.

(b) Aprendamos, por otra parte, cuál debe ser el fundamento de nuestra propia religión personal, si realmente deseamos consuelo espiritual interior. Que los primeros cristianos poseían tal consuelo es tan claro como el sol al mediodía. Leemos repetidamente en el Nuevo Testamento sobre su gozo, paz, esperanza, paciencia, alegría y contentamiento. Leemos en la historia eclesiástica de su coraje y firmeza bajo la más feroz persecución, de su incansable resistencia a los sufrimientos y sus muertes triunfantes. ¿Y cuál fue el principal motivo de sus peculiares caracteres, —caracteres que despertaron la admiración incluso de sus enemigos acérrimos, y desconcertaron a filósofos como Plinio? Sólo puede haber una respuesta. Estos hombres tenían una firme comprensión de los dos grandes hechos que Pablo proclamó “*en primer lugar*” a los Corintios, la muerte y la resurrección de su gran Jefe, Jesucristo el Señor.

No nos avergoncemos nunca de seguir sus pasos. Es un trabajo fácil y barato burlarse de la “*teología dogmática*” y de los antiguos credos y modos de fe, como si fuesen cosas desgastadas y anticuadas, no aptas para este iluminado siglo XIX. Pero después de todo, ¿cuáles son los frutos de la filosofía moderna y la enseñanza de las frías abstracciones, comparados con los frutos de los despreciados dogmas del distintivo Cristianismo?

Si queréis ver paz en la vida, y esperanza en la muerte, y consuelo en el dolor, nunca encontraréis tales cosas excepto entre aquellos que se fundamentan en los dos grandes hechos de nuestro texto, y pueden decir: “*Vivo en la fe del Hijo de Dios*”, que murió por mis pecados y resucitó para mi justificación (Gálatas 2:20).

2. Razones de la posición prominente de estas Verdades

Permítanme ahora pasar a otro punto de vista del tema que nos ocupa. Hemos visto cuáles eran las verdades que el apóstol Pablo proclamó “*en primer lugar*” a los Corintios, y cuáles fueron los efectos que produjeron. Intentemos ahora comprender y examinar las razones por las que fue conducido a otorgarles una posición tan prominente.

La investigación es muy interesante. No puedo sostener, como algunos, que Pablo adoptó este curso sólo porque se le encargó y se le ordenó hacerlo. Creo que las razones son mucho más profundas que esto. Esas razones deben buscarse en las necesidades y la condición de la naturaleza humana caída. Creo que las necesidades del hombre nunca podrían haber sido satisfechas por otro mensaje que el que Pablo trajo a Corinto; y si no lo hubiera traído, habría llegado allí para nada.

Porque hay tres cosas sobre el hombre en cada parte del mundo que se imponen a nuestra atención, siempre que nos sentamos a examinar su naturaleza, posición y constitución. Es una criatura con un sentido del pecado y de la responsabilidad en el fondo de su corazón, —una criatura continuamente sujeta a la pena y a los problemas desde su cuna hasta su tumba —y una criatura que tiene ante sí la certeza de la muerte, y un estado futuro al final. Estos son tres grandes hechos que nos miran a la cara en todas partes, en Europa, Asia, África y América. Viajan por todo el mundo, y se encuentran con ustedes, tanto entre los Cristianos más educados como entre los salvajes más incultos.

Vaya a nuestro país y estudie la vida familiar de los filósofos más eruditos y los campesinos más incultos. En todas partes, en todos los rangos y clases, tendrá que hacer el mismo informe. En todas partes encontrará estas tres cosas, la pena, la muerte y el sentido del pecado. Y la posición que tomo con valentía es ésta: que no hay nada que se pueda imaginar o concebir más admirablemente adecuado para satisfacer las necesidades de la naturaleza humana que la misma doctrina con la que Pablo comenzó en Corinto —la doctrina de Cristo muriendo por nuestros pecados y resucitando por nosotros de la tumba. Se ajusta a las necesidades del hombre, así como la llave correcta se ajusta a la cerradura.

Permítame echar un vistazo por unos minutos a las tres cosas que acabo de nombrar, y tratar de mostrar la fuerte luz que arrojan sobre la elección de temas del apóstol Pablo cuando comenzó su ministerio en Corinto.

(a) Considere ante todo el sentido interior de pecado e imperfección que existe en cada miembro de la familia humana, más o menos. Admito libremente que difiere ampliamente en las diferentes personas. En miles de personas parece completamente desaparecido, borrado y muerto. La falta de educación temprana, el pecado tradicional, la constante indiferencia a toda religión, la indulgencia habitual en los deseos carnales, —todas estas cosas tienen un asombroso poder para cegar la vista y cauterizar la conciencia. Pero ¿dónde encontrará a un hombre, excepto entre los Brahmanes de casta alta, o los fanáticos cristianos medio locos, que le diga con valentía que es perfecto e intachable, y que no confesará, si lo arrinconan, que él no es exactamente lo que debería ser, y que tiene más conocimientos que él? ¡Oh, no! La gran mayoría de la humanidad tiene una conciencia de pecado, que de vez en cuando la hace miserable. Las austeridades autoimpuestas de los hindúes, el temor de los gobernantes como Herodes y Félix, son pruebas de lo que quiero decir. Dondequiera que haya un hijo de Adán, hay una criatura que tiene en el fondo de su corazón una conciencia de culpa, deficiencia y necesidad.

Y cuando este sentido de pecado se despierta y se agita dentro de nosotros, ¿qué puede curarlo? Esa es la gran pregunta. Algunos hablan vagamente de la “*misericordia*” y “*bondad*” de Dios, aunque son totalmente incapaces de explicar su significado, y de mostrar qué título tiene el hombre para ellos. Otros se halagan de que su propio arrepentimiento, las lágrimas, las oraciones, y el uso activo y diligente de las ceremonias de la religión, les traerá la paz. ¿Pero qué hijo de Adán encontró alivio de esta manera? ¿Qué más seguro que la experiencia registrada de miles de personas, de que medicinas como estas nunca curaron las dudas internas y los miedos mentales? Nunca se ha encontrado nada que haga el bien a un alma pecadora, excepto la visión de un Mediador Divino entre Dios y el hombre, una verdadera Persona viviente de poder y misericordia omnipotentes, que carga con nuestros pecados, sufriendo en nuestro lugar, y tomando sobre Sí mismo toda la carga de nuestra redención.

Mientras el hombre sólo mire en su interior y piense en borrar el sentimiento de pecado mediante vanos intentos de flagelar y purificar su propio carácter, sólo se sentirá cada día más miserable. Una vez que busque la paz en el exterior, a “*Jesucristo Hombre*” muriendo por sus pecados, y descanse su alma en Él, y encontrará, como millones han encontrado en los últimos dieciocho siglos, que tiene precisamente lo que una conciencia herida necesita.

En resumen, una visión de fe en Cristo muriendo por nuestros pecados es el remedio designado por Dios para la necesidad espiritual del hombre. Es el remedio Divino para esa plaga mortal que infecta a toda la familia de Adán, y que una vez que se ve y se siente, hace a los hombres y mujeres miserables. Si Pablo no hubiera proclamado este gran remedio en Corinto, habría mostrado una gran ignorancia de la naturaleza humana, y sería un médico sin valor. Y si nosotros los ministros no lo proclamamos, es porque nuestros ojos están oscuros, y hay poca luz en nosotros.

(b) Consideremos, a continuación, la responsabilidad universal del hombre ante la

pena. El testimonio de las Escrituras, *“que es el hombre quien nace para la aflicción”* [Job 5:7], es continuamente repetido por miles de personas que no saben nada de las Escrituras, sino que simplemente hablan el lenguaje de su propia experiencia. El mundo, casi todos los hombres están de acuerdo, está lleno de problemas. Es un dicho verdadero, que llegamos a la vida llorando, y pasamos a través de ella quejándonos, y la dejamos decepcionados. De todas las criaturas de Dios, ninguna es tan vulnerable como el hombre. El cuerpo, la mente, los afectos, la familia y la propiedad son todos susceptibles de convertirse en fuentes y vías de dolor. Y de esto ningún rango o clase posee ninguna inmunidad. Hay penas tanto para el rico como para el pobre, para el erudito como para el analfabeto, para el joven como para el viejo, para el castillo como para la casa de campo; y ni la riqueza, ni la ciencia, ni la alta posición pueden impedir que entren a la fuerza en nuestras casas, y que irruman en ellas a veces como un hombre armado. Son cosas antiguas, lo sé; los poetas y filósofos de la antigua Grecia y Roma las conocían tan bien como nosotros. Pero está bien que se recuerden.

¿Cuál es la mejor manera de ayudar al hombre a enfrentar y soportar el dolor? Esa es la pregunta. Si nuestra condición es tal, desde la Caída, que no podemos escapar del dolor, ¿cuál es la receta más segura para hacerlo tolerable? Las frías lecciones del Estoicismo no tienen ningún poder en ellas. La resignación y la sumisión a la voluntad de Dios son cosas excelentes de las que hablar cuando hace buen tiempo. Pero cuando la tormenta nos golpea, los corazones duelen, las lágrimas fluyen, se hacen huecos en nuestro círculo familiar, los amigos nos fallan, el dinero se hace alas, y la enfermedad nos deprime, queremos algo más que principios abstractos y lecciones generales. Queremos un Amigo vivo y personal, un Amigo al que podamos acudir con la firme confianza de que puede ayudarnos y compadecernos.

Ahora es justo aquí, sostengo, que la doctrina de Pablo de un Cristo resucitado llega con un poder maravilloso, y satisface exactamente

nuestras necesidades. Tenemos a Aquel que está sentado a la derecha de Dios, como nuestro Amigo compasivo, que tiene todo el poder para ayudarnos, y puede ser conmovido con el sentimiento de nuestras enfermedades, es decir, Jesús el Hijo de Dios. Él conoce el corazón de un hombre y toda su condición, porque Él mismo nació de una mujer, y tomó parte de la carne y la sangre. Sabe lo que es la aflicción, porque Él mismo en los días de su carne lloró, gimió, y se afligió. Él ha demostrado su amor hacia nosotros *“soportando nuestros males”* durante treinta y tres años en este mundo, con mil actos de bondad, y diez mil palabras de consuelo, y finalmente muriendo por nosotros en la cruz. Y se preocupó, antes de dejar el mundo, de decir frases como estas: *“No se turbe vuestro corazón; creed en Dios, creed también en Mí”*, *“No os dejaré huérfanos; vengo a vosotros”*, *“pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo”* (Juan 14:1, 18; 16:24). No puedo imaginar una verdad más adecuada a los deseos del hombre que esta. Las reglas, los principios, las prescripciones y las instrucciones en tiempos de dolor están muy bien en su forma; pero lo que el corazón humano anhela es un amigo personal al que acudir, con quien hablar, apoyarse y con quien comunicarse. El Cristo resucitado, que vive e intercede por nosotros a la derecha de Dios, es precisamente la persona que necesitamos. Si Pablo no lo hubiera proclamado a los Corintios, habría dejado insatisfecho uno de los mayores deseos del hombre. Ninguna religión podrá satisfacer jamás al hombre que no cumpla con los legítimos deseos de su naturaleza. Los maestros que no dan lugar a un Cristo vivo y resucitado en su sistema nunca deben sorprenderse si sus cansados oyentes buscan el descanso a los pies de los sacerdotes humanos en el Confesionario Romano.

(c) Consideremos, por último, la certeza de la muerte y sus consecuencias, que todo hijo de Adán debe decidirse a afrontar algún día.

Decir que la muerte es algo serio, es pronunciar una perogrullada muy vulgar y común. Sin embargo, es un hecho sorprendente que la familiaridad de 6000 años no disminuya ni un

ápice su gravedad. El final de cada individuo es todavía una circunstancia muy trascendental en su historia, y la mayoría de los hombres lo confiesan honestamente. Abandonar el mundo y cerrar los ojos a todos aquellos entre los que hemos desempeñado nuestro papel, —entregar nuestros cuerpos, nos guste o no, a la humillación de la enfermedad, la decadencia y la tumba, —estar obligados a abandonar todos nuestros esquemas, planes e intenciones, —todo esto es bastante serio. Pero cuando a esto se añade el abrumador pensamiento de que hay algo más allá de la tumba, —un mundo desconocido y sin descubrir, y algún tipo de informe de nuestra vida en la tierra, la muerte de cualquier hombre o mujer se convierte en un hecho tremendamente serio. Bien, que nuestro gran poeta Shakespeare hable de *“el temor a algo después de la muerte”*. Es un temor que muchos sienten mucho más de lo que les gustaría confesar. Pocos están satisfechos con el fatalismo Musulmán. Ni uno entre mil se encontrará jamás creyendo en la doctrina de la aniquilación.

En ningún momento las religiones no inspiradas de los antiguos, o los sistemas de la filosofía moderna, se derrumban tan completamente como en el tema de la muerte. Habitar para siempre en los campos Elíseos, en medio de oscuros fantasmas inmateriales, fue una consumación poco valorada incluso por los héroes Homéricos. La vaga y desarraigada teoría de algún estado indefinido de descanso después de la muerte, donde, de alguna manera y forma, las almas de los buenos y los justos, separadas de sus cuerpos, han de pasar una existencia infinita e inútil, es un miserable consuelo. Homero, Platón, Bolingbroke, Voltaire y Paine son todos iguales, sin alegría y silenciosos cuando miran a una tumba abierta.

Pero justo en el punto donde todos los sistemas creados por el hombre son más débiles y no satisfacen las necesidades de la naturaleza humana, allí el Evangelio que Pablo proclamó en Corinto es más fuerte. Porque nos muestra a un Salvador Todopoderoso que no sólo murió por nuestros pecados y bajó a la tumba, sino que también resucitó del sepulcro con Su cuerpo, y

demonstró que había obtenido la victoria sobre la muerte. *“Pero ahora, Cristo ha sido resucitado de entre los muertos como primicias de los que duermen”*, —*“El cual abolió la muerte, y sacó a luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio”*, —*“A través de la muerte ha destruido la muerte, y ha liberado a aquellos que por miedo a la muerte estuvieron toda su vida sujetos a la esclavitud”* (1 Corintios 15:20; 2 Timoteo 1:10; Hebreos 2:15 paráfrasis).

Y gracias a Dios, esta bendita victoria sobre la muerte y el sepulcro no la ha ganado Cristo para Sí solo. Durante dieciocho siglos ha permitido a miles de hombres y mujeres cristianos, creyendo y confiando en Él, enfrentarse sin miedo al rey de los terrores, y bajar por el valle de la sombra de la muerte con la esperanza segura y cierta de que aún saldrán victoriosos, y en la carne mirar a Dios. Lea la historia de las muertes de los primeros cristianos bajo las persecuciones paganas. Marque la experiencia de muerte de aquellos que sufrieron en Oxford y Smithfield, bajo la Reina María, por el protestantismo. Encuentre, si puede, en la totalidad de las biografías cualquier lecho de muerte de no Cristianos que se pueda comparar con los lechos de muerte de los Cristianos en el tema de la paz, la esperanza, y el fuerte consuelo. Puede buscar para siempre y no encontrarlos. Se encontrará atrapado en la conclusión de que la antigua verdad de la Escritura de que Cristo murió y resucitó es exactamente la verdad que se ajusta a la naturaleza humana, y debe haber descendido de Dios. Esto, y sólo esto, permitirá al hombre natural encontrarse con el último enemigo sin miedo, y decir, *“¿Dónde está, oh Muerte, tu victoria? ¿Dónde, oh Muerte, tu aguijón?”* (1 Corintios 15:55).

¿Qué diremos a estas cosas? Sé bien que el corazón humano y sus necesidades son un tema profundo e intrincado. Pero, después de estudiar atentamente el corazón de los hombres durante muchos años, he llegado a una convicción decidida. Esa convicción es que la verdadera razón por la que Pablo predicó primero y principalmente lo que predicó en Corinto, se encuentra en su correcto conocimiento de la

naturaleza, la condición moral y la posición del hombre. Dios el Espíritu Santo le enseñó que era la única medicina adecuada para la enfermedad. Lo que la naturaleza humana requiere es una religión para los pecadores moribundos, un poderoso sistema curativo y un Redentor personal; y la obra de Cristo está maravillosamente equipada para cumplir con sus requerimientos. Estamos enfermos de una enfermedad mortal, y nuestra primera necesidad es un médico vivo.

Habría sido peor que inútil si Pablo hubiera comenzado su trabajo en Corinto diciendo a los hombres que fueran virtuosos y morales, mientras que retenía a Cristo. Es igual de inútil ahora. Incluso hace un daño positivo. Despertar la naturaleza humana, y luego no mostrarle la prescripción espiritual de Dios, puede llevar a las más dañinas consecuencias. No conozco ningún caso tan lamentable como el del hombre que ve claramente el pecado, la pena y la muerte por un lado, y no ve claramente a Cristo muriendo por los pecados, y resucitando por los pecadores, por el otro. Un hombre así es la persona que se hunde en la desesperación o se refugia en la engañosa teología de la Iglesia de Roma. Sin duda podemos dormir el sueño de la incredulidad durante muchos años, y no sentir nada de dudas y temores espirituales. Pero una vez que la conciencia de un hombre se inquieta, y anhela la paz, no conozco ninguna medicina que pueda curarlo, y mantenerlo alejado del error que arruina el alma, excepto las *“primeras cosas”* que Pablo entregó en Corinto, —me refiero a las dos doctrinas de la muerte expiatoria y la resurrección de Cristo.

Palabras de Consejo

Permítanme terminar este documento con algunas palabras de consejo para todos los que lo lean. Es un consejo que los tiempos me parecen exigir. ¿Quién puede decirlo, pero para alguien puede ser una palabra en el momento oportuno?

(a) Permítanme, entonces, aconsejarles encarecidamente que no se avergüencen de tener opiniones decididas sobre las primeras cosas, las verdades fundamentales de la religión. Su destino reside en un día de libre pensamiento, libre manejo y libre investigación. Hay una repugnancia generalizada a la decisión doctrinal y a lo que se llama dogmatismo, y nadie quizás esté tan expuesto a su influencia como los jóvenes. La generosidad natural, la falta de sospecha y el amor por el juego limpio, del corazón de un joven, le hacen desistir de adoptar puntos de vista teológicos muy sólidos y de mantener opiniones que pueden parecer incluso intolerables, partidistas o antiliberales. La tentación de hoy es contentarse con una vaga seriedad, abstenerse de todo punto de vista tajante y definido, ser miembro honorario de todas las escuelas de pensamiento, y sostener que ningún hombre puede estar equivocado en la fe si exhibe celo y trabaja duro.

(b) Pero, después de todo, su religión debe tener raíces, si quiere vivir y dar frutos en este frío mundo. *“Seriedad”*, *“celo”* y *“trabajo”* son palabras valientes; pero, como las flores cortadas clavadas en un jardín, no tienen poder de continuidad, si no tienen raíces ocultas debajo. Admitiendo plenamente que hay cosas secundarias en la religión, sobre las cuales los jóvenes pueden suspender justamente su juicio y esperar la luz, les encargo que recuerden que hay cosas primarias sobre las que deben decidirse y tomar una postura. Deben, digo, si quieren paz interior y desean ser útiles. Y entre estas primeras cosas se destacan como montañas en una llanura, las dos grandes verdades que se establecen en el texto que encabeza este documento, la muerte de Cristo por nuestros pecados y la milagrosa resurrección de Cristo. Agarren con fuerza estas dos grandes verdades. Planten sus pies firmemente sobre ellas. Alimenten su propia alma con ellas. Vivan de ellas. Mueran por ellas. Nunca las dejen ir. Esfuércense por ser capaz de decir, *“Sé en quién creo”*, —no qué, sino en quién. Vivo por la fe en Aquel que murió por mí y resucitó. Decidan sobre esto a cualquier precio, y a su debido tiempo

todas las demás verdades serán añadidas a ustedes.

(c) Puede que algunos, en cuyas manos haya llegado este escrito, estén saliendo del tranquilo refugio de un hogar feliz hacia la batalla y el conflicto de una vida ajetreada. Pero dondequiera que se encuentre su situación, ya sea en la ciudad o en el campo, ya sea entre ricos o pobres, espero que traten de hacer el bien. Y recuerden que un problema principal que tendrán que resolver continuamente es cómo ayudar a las almas que están trabajando bajo la carga del pecado, aplastadas por el dolor u oprimidas por el miedo a la muerte. Y cuando llegue ese momento, recuerden la palabra que les hablo hoy: La única manera de hacer el bien es seguir los pasos de Pablo y decir a los hombres, ante todo, continuamente, repetidamente, públicamente y de casa en casa, que Jesucristo murió por sus pecados, resucitó para su justificación, vive a la derecha de Dios para recibir, perdonar, preservar y que pronto volverá para darles una gloriosa resurrección. Estas son las verdades que el Espíritu Santo siempre ha bendecido, está bendiciendo, y bendecirá hasta que el Señor venga. Estas fueron las “*primeras cosas*” de Pablo. Decidan y determinen que por la gracia de Dios serán tuyas. Lector, una vez más le pregunto, ¿Va a ser salvo? Si aún no es salvo, el deseo de mi corazón y la oración a Dios es que busque la salvación sin demora. Si es salvo, mi deseo es que viva como un alma salva, y como alguien que sabe que las almas salvas son pocas.

de la Iglesia de Inglaterra. Fue contemporáneo de Spurgeon, Moody, Mueller y Taylor y leyó a los grandes teólogos como Wesley, Bunyan, Knox, Calvino y Lutero. Todos ellos influyeron en el entendimiento y la teología de Ryle. Ryle comenzó su carrera de escritor con un tratado después de la tragedia del puente colgante de Great Yarmouth, donde más de cien personas se ahogaron. Se ganó la reputación de ser un predicador y evangelizador directo. Viajó, predicó y escribió más de 300 panfletos, tratados y libros, incluyendo *Expository Thoughts on the Gospels* [Pensamientos Expositivos sobre los Evangelios], *Principles for Churchmen* [Principios para los Eclesiásticos] y *Christian Leaders of the Eighteenth Century* [Líderes Cristianos del Siglo XVIII]. Ryle usó las regalías de sus escritos para pagar las deudas de su padre, pero también se sintió en deuda con esa ruina por cambiar el rumbo de su vida. Fue recomendado por el Primer Ministro Benjamín Disraeli para ser Obispo de Liverpool donde terminó su carrera en 1900.

Acerca del Autor¹

John Charles Ryle (1816-1900) se graduó en Eton y Oxford y luego siguió una carrera en la política, pero debido a la falta de fondos, entró en el clero

¹ Biografía traducida de Aneko Press. The Cross. [En línea] [Citado el: 27/10/2020] <https://anekopress.com/product/the-cross/>.

Para más información sobre la vida del autor puede consultar: Gómez Pérez, Giovanni. BITE Project. J. C. RYLE: Pastor y escritor ANGLICANO evangélico inglés. [En línea] <https://biteproject.com/j-c-ryle/>.

Edición Kindle y Papel



COMPRAR EN AMAZON

OTROS LIBROS PUBLICADOS



El Anticristo

Arthur W. Pink

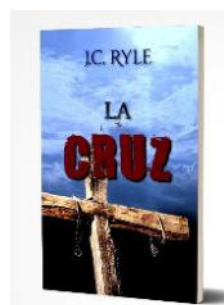
COMPRAR EN AMAZON



El Regreso del Redentor

Arthur W. Pink

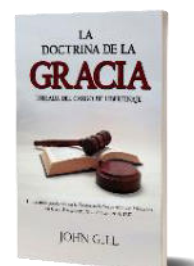
COMPRAR EN AMAZON



La Cruz

J. C. Ryle

COMPRAR EN AMAZON



La doctrina de la Gracia librada del cargo de libertinaje

John Gill

COMPRAR EN AMAZON